

EL ESCRITOR

Llegué con una botella de vino común. La invitación, algo postergada más por dejación que por obligaciones, no daba para más presentes. Venía con el entusiasmo y la esperanza de una charla interesante y fluida, aunque también, la sospecha de escuchar otra vez el rosario de ideas recurrentes, el eterno y dilatado sueño de “publicar”, el tufillo a repetición.

Oscar Wilde sostenía que para escribir hay que dejar de leer, nuestro Bioy sólo leía para escribir, pero mi amigo, situado en una personal tercera posición, insistía en leer, leer y leer, y en que sólo así podría acabar su novela total, esa que ya casi tenía terminada.

Me habló exultante de la novela que Borges no había escrito, de la alegría que Sábato había descuidado, de la fresca pérdida en el laboratorio de Cortázar, de la imposible neutralidad en la potencia de Arlt y de tantos autores más cuyos cabos sueltos él ataría. Su verba capitalizó el almuerzo confirmándome que había caído nuevamente en la trampa de dejarme seducir por volátiles intelectuales en busca de catarsis.

Le dije lo que me parecían los peligros de la novela total, no solo en cuanto a no dar con los ansiados lectores sino y sobre todo, en lo referido a que ya nada era acabado. El comentario ensombreció su semblante, que de escritor talentoso pasó a traslucir un rostro desencajado y rebalsado de complejos e inhibiciones. Ensayó una suerte de explicaciones inconexas con voz impostada y temblorosa. La menor y mejor intencionada de las críticas lo había hecho trastabillar. Balbuceó finalmente que ya había pasado las mil páginas.

Cuando nos despedimos alcancé a ver que no habíamos tomado más que un tercio de la botella del vino común. Deseé que pudiera gozarlo a solas como no lo habíamos hecho juntos. Sin embargo me pareció que su empacho intelectual resultaría alérgico a cualquier tónico que lo hiciera fluir y salir de su estancamiento. También deseé sinceramente que pudiera dar con el toque final de su novela antes que zozobrara en la fatiga que sucede a la obsesiva corrupción de las ideas.

A los pocos meses volví a caer en sus redes. Las viejas amistades son así, con sus vicios y pestilencias se amparan en lugares íntimos en donde la flaqueza y la mediocridad ofrecen un remanso de complicidad. Me dijo al pasar y sin aparente trascendencia que al apretar por error un botón de su ordenador se le había borrado toda su novela y que no conservaba copia. Una excusa francamente increíble. Su aspecto agrio y abatido lo hacía cinco o diez años mayor.

En esta ocasión no llevé vino, olvido seguramente debido a los magros antecedentes etílicos de la última vez. Pero él tenía. En la mesa estaba servida exactamente la misma botella que yo había llevado antes con sus dos tercios de vino intactos, estancados. Un vino y un anfitrión que en su momento sugerían una modesta y quizá digna promesa pero que ahora, por una mezcla de tiempo y decadencia se habían corrompido. Ahora eran puro vinagre.